

## UNA NOCHE DE CAMPAÑA EN PLENA PAZ

Mi cuarto viaje a Ipiales tiene una crónica más para los lectores de la REVISTA.

El primero de abril del corriente año llegamos con mi fiel compañero Pablo Julio Triana, a una infeliz posada llamada de «Los Guayacanes,» situada sobre el pavoroso abismo del río Guáitara. La posada, si así puede llamarse, era una pocilga donde habitaba un matrimonio, pobre al parecer, con sus hijos descoloridos e inflados por la anemia, a medio vestir y a medio hablar, junto con dos cerdos que les servían de nodriza durante el día y de compañeros durante la noche. Nos dieron por cama una barbacoa de ochenta centímetros de ancho y muy poco más de largo, y allí pasamos la noche cobijados con un trozo de costal; ese era el lecho nupcial de los dueños de casa, quienes generosamente nos lo cedieron, diz que porque éramos personas decentes, yéndose ellos a dormir entre sus cinco hijos, en el corto trecho que separaba nuestra cama de un especie de fogoncito compuesto por tres piedras negras con algunos pedazos de olla donde nos habían cocinado aquella tarde la comida.

Entre las siete personas que dormían en aquel estrecho sitio, no contamos aquellos dos cebados cerdos, más gordos y más inteligentes quizá que sus dueños.

Nuestra comida, que tomamos con delicia, se redujo a un ajíaco, servido en una totuma a mí, y en un pedazo de tiesto a Pablo, seguido—en las mismas vacijas—de unos sorbos de café tinto endulzado con panela. Por la misericordia de Dios llevábamos nosotros una vela que alumbró esa noche aquel lugar, iluminado en otros tiempos solamente por los rayos de la luna filtrados por los intersticios del bahareque.

Mi compañero, que añade a un corazón como el mío los hígados de Páez, se quedó profundamente dor-

mido en aquel poco mullido lecho, mientras que yo, para matar el tiempo, pues no me era posible dormir, charlaba sabrosamente con el indio.

Aquel pobrecito infeliz, que no tenía una veja en su casa, era dueño de quince fanegadas de tierra, sembradas de papa y maíz, cuarenta y siete ovejas, seis marranos—a más de los dos ya mencionados—dos vacas y cinco mulas de carga, en las cuales él o su mujer llevaban semanalmente sus cosechas a Túquerres; agréguese a todo esto que los escasos resquicios donde se podía poner el pie en aquella posada, estaban ocupados por cuyes (curies), y en el zarzo—depósito de enjalmas y aparejos para las bestias—dormía medio centenar de gallinas.

Cuando el frío glacial que penetraba por todas las rendijas del rancho, el canto de los gallos cuyo gallinero me servía de cubierta y el lloriqueo de los pequeños me anunciaron que se acercaba la aurora, desperté a los indios para que nos calentaran café, y después de obsequiarles una mogolla—último residuo de nuestro fiambre—y un cabo de vela—rico tesoro para ellos—les pedimos la cuenta, que ascendió a doce centavos. Como no llevábamos sino una moneda de cincuenta, tuvieron que buscar trueques y esta circunstancia, a la vez que puso en trabajos al indio, fue para nosotros ocasión de un espectáculo curioso: se dirigió hacia el fogón, levantó de allí una de las tres pesadas piedras, que dejó ver un agujero practicado en el suelo, y sacó de aquel lugar un pedazo de costal que ocultaba un gran trapo sucio con una cantidad increíble de nudos, los cuales desató con paciencia y con recelo, a la luz de un tizón, pues el cabo de vela lo había guardado para un caso más urgente; de aquellos nudos salían como por encanto, haciendo retintín en el suelo, onzas de oro españolas, águilas americanas, libras esterlinas,

pesos y fuertes granadinos, sures ecuatorianos y soles peruanos, amén de muchos billetes nacionales; y, por allá del último nudo, entre un montón de cáscaras de queso y costras de pan duro, sacó las vueltas, en pesetas, reales y cuartillos pastusos. Recibimos aquellas monedas y dejamos el lugar, que antes habíamos conocido como alcoba, cocina, comedor, gallinero y chiquero, y que últimamente se nos revelaba como arca de los tesoros de un avaro, y salimos con dirección a Yacuanquer.

IGNACIO CARRASQUILLA

---

## CLAUSURA DE ESTUDIOS

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario  
en el año de 1919, 267.º de su fundación

---

### PREMIOS

Los colegiales que han desempeñado el cargo de inspectores, están fuera de concurso para los premios de conducta, pero no para los de las clases.

Entre los COLEGIALES obtuvo el primer premio el señor

DON ARISTIDES RODRIGUEZ, B. A.

Segundo premio

DON ANTONIO ROCHA, B. A.

*Mención honorífica*

DON CARLOS ALZATE, B. A.

DON JOSE MARIA DAVILA, B. A.

DON ELADIO GIRALDO, B. A.

DON SABINO PALOMINO, B. A.

DON VICENTE DE J. SAENZ, B. A.